

minotauro

PHILIP K. DICK

ESPERANDO EL AÑO PASADO



PHILIP K. DICK

ESPERANDO EL AÑO PASADO

minotauro

Título original:
Now Wait for The Last Year

© 1966, Philip K. Dick
Copyright renewed © 1994, Laura Coelho, Christopher Dick and Isa Hackett
All rights reserved

© Traducción de Domingo Santos

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0742-6
Depósito legal: B. 3.397-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

El edificio en forma de apteryx, tan familiar para él, dejó escapar su habitual luz gris humosa cuando Eric Sweetscent plegó su rueda y consiguió meterla en el pequeño espacio reservado para él en el aparcamiento. Las ocho de la mañana, meditó melancólicamente. Y su jefe, el señor Virgil L. Ackerman, ya había abierto las oficinas de la CPTT para el trabajo cotidiano. Era un hombre cuya mente estaba más despejada a las ocho de la mañana que a cualquier otra hora del día, pensó el doctor Sweetscent. Aquello iba contra todos los mandamientos de Dios. Vaya excelente mundo que nos están ofreciendo: la guerra disculpa cualquier aberración humana, incluso las de aquel viejo.

De todos modos se dirigió hacia la cinta rodante, solo para detenerse al oír llamar su nombre.

—¡Oiga, señor Sweetscent! ¡Un momento, señor! —La voz nasal y repelente de un robant; Eric se detuvo de mala gana y la cosa se le acercó, toda brazos y piernas en enérgica agitación—. ¿El señor Sweetscent, de la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana?

Se sintió irritado.

—Doctor Sweetscent, por favor.

–Le traigo una factura, doctor. –El robant extrajo un papel blanco, doblado, de su bolsa metálica–. Su esposa, la señora Katherine Sweetscent, hizo el cargo hace tres meses en su cuenta de Tierra de los Sueños Tiempos Felices Para Todos. Sesenta y cinco dólares, más el dieciséis por ciento de intereses. Es la ley, ¿sabe? Lamento demorarle, pero esto es, ejem, ilegal.

Le miró con ojos atentos mientras él, reluciente, sacaba su talonario de cheques.

–¿Cuál fue la compra? –preguntó, hosco, mientras extendía el cheque.

–Un paquete de Lucky Strike, doctor. Con el verde antiguo, el auténtico. De 1940 aproximadamente, de antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando cambiaron el paquete. «El Lucky Strike verde ha ido a la guerra», ya sabe.

Rio.

No podía creerlo; allí debía de haber algún error.

–Pero se supone –protestó– que esto tenía que ser cargado a la cuenta de la compañía.

–No, doctor –declaró el robant–. El cargo es correcto. La señora Sweetscent dejó absolutamente claro que esta compra era para su uso particular. –Y entonces añadió una explicación que él supo inmediatamente que era falsa, aunque no supo decir si su origen estaba en el robant o en Kathy, al menos no inmediatamente–. La señora Sweetscent –añadió de forma mojigata el robant– está construyendo un Pitts-39.

–Y una mierda.

Le tendió el cheque al robant; mientras este intentaba cazar el papel al vuelo, siguió andando hacia la cinta rodante.

Un paquete de Lucky Strike. Bien, reflexionó lúgubremente, Kathy ya vuelve a hacer de las suyas. El ansia

creativa, que solo puede hallar una salida gastando. Y siempre por encima y más allá de su sueldo, que, tuvo que admitirse a sí mismo, era bastante mayor que el sueldo de él. Pero, en cualquier caso, ¿por qué no se lo había dicho? Una compra importante de ese tipo...

La respuesta, por supuesto, era obvia. La propia factura mostraba el problema en toda su deprimente sobriedad. Quince años atrás, pensó, yo hubiera dicho –de hecho, lo dije– que los ingresos combinados de Kathy y míos *tenían* que ser suficientes como para mantener a dos personas adultas semirrazonables a cualquier nivel de opulencia. Incluso teniendo en cuenta la inflación en tiempo de guerra.

Sin embargo, las cosas no habían funcionado en absoluto de aquella manera. Y tenía la profunda y duradera intuición de que las cosas iban a seguir así.

Ya dentro del edificio de la CPTT, se encaminó hacia el pasillo que conducía a su propia oficina, reprimiendo el impulso de dejarse caer por la oficina de Kathy, escaleras arriba, para una inmediata confrontación. Más tarde, decidió. Después del trabajo, quizá durante la cena. Señor, y le esperaban un montón de asuntos; no tenía energías –y nunca las había tenido en el pasado– para aquellas interminables peleas domésticas.

–Buenos días, doctor.

–Hola –saludó Eric con una ligera inclinación de cabeza hacia la llamativa señorita Perth, su secretaria; esta vez se había rociado el cuerpo con un producto azul brillante moteado con destellantes fragmentos que reflejaban las luces del techo de la oficina–. ¿Dónde está Himmel? –No había la menor señal del inspector de control definitivo de calidad, y ya había visto al-

gunos de los representantes de los equipos subsidiarios agruparse en el aparcamiento.

—Bruce Himmel telefoneó para decir que la biblioteca pública de San Diego le está persiguiendo judicialmente y que puede que tenga que acudir al tribunal, de modo que probablemente llegará tarde. —La señorita Perth le sonrió animosamente, mostrando unos immaculados dientes de ébano sintéticos, una moda que producía escalofríos y que había emigrado con ella el año anterior de Amarillo, Texas—. Los polis de la biblioteca entraron ayer en su apartamento y hallaron más de veinte de sus libros que él les había robado, ya conoce usted a Bruce, tiene esa fobia acerca de comprobar las cosas... ¿cómo se dice, poner en griego?

Pasó a su oficina interior, que era exclusivamente suya; Virgil Ackerman había insistido en ello como un símbolo conveniente de prestigio, en vez de un aumento de sueldo.

Y allí en su oficina, junto a la ventana, fumando un cigarrillo mexicano de dulce aroma y contemplando las austeras colinas amarronadas de la Baja California al sur de la ciudad, estaba su mujer, Kathy, de pie. Aquella era la primera vez que la veía esta mañana, se había levantado una hora antes que él, se había vestido y había desayunado sola, y se había marchado en su propia rueda.

—¿Qué ocurre? —preguntó rígidamente.

—Entra y cierra la puerta.

Kathy se giró pero no miró hacia él; la expresión de su exquisitamente afilado rostro era pensativa. Cerró la puerta.

—Gracias por recibirme en mi propia oficina.

—Sabía que ese maldito cobrador de facturas te interceptaría esta mañana —dijo Kathy con voz lejana.

–Casi ochenta verdes –indicó él–. Con los intereses.
–¿La pagaste?

Le miró por primera vez; el aleteo de sus pestañas artificiales negras se aceleró, lo que reveló su preocupación.

–No –contestó sardónicamente–. Dejé que el ro-bant me disparara de pie ahí en medio del aparcamiento. –Colgó la chaqueta en el armario–. Claro que la pagué. Es obligatorio desde que la Mole ha eliminado todo el sistema de compras a crédito. Me doy cuenta de que no estás interesada en ello, pero si no pagas dentro del plazo de...

–Por favor –pidió Kathy–, no me sueltes discursos. ¿Qué es lo que dijo? ¿Que estoy construyendo un Pitts-39? Mintió; compré el paquete verde de Lucky Strike para un regalo. No construiría ninguna infantilanda sin decírtelo; después de todo, sería tuya también.

–No un Pitts-39 –dijo Eric–. Nunca he vivido allí, ni en el 39 ni en ninguna otra época. –Se sentó ante su escritorio y pulsó su videocom–. Estoy aquí, señora Sharp –informó a la secretaria de Virgil–. ¿Cómo se encuentra hoy, señora Sharp? ¿Llegó bien a casa tras esa reunión para la venta de bonos de guerra la otra noche? ¿Ninguno de esos incitadores a la guerra la golpeó en la cabeza? –Cortó el aparato. Explicó a Kathy–: Lucile Sharp es una ardiente defensora de la conciliación. Creo que es estupendo que una compañía permita que sus empleados se dediquen a la agitación política, ¿no crees? Y más estupendo aún es el hecho de que no te cueste ni un centavo: los mítines políticos son gratuitos.

–Pero tienes que rezar y cantar –afirmó Kathy–. Y tienes que comprar esos bonos.

–¿Para quién era el paquete de cigarrillos?

–Para Virgil Ackerman, por supuesto. –Exhaló el

humo del cigarrillo en dos columnas gemelas-. ¿Crees que deseo trabajar en alguna otra parte?

-Seguro que lo harías si te ofreciera alguna ventaja.

-No es lo elevado del sueldo lo que me mantiene aquí, Eric, pese a lo que pienses -manifestó Kathy meditativamente-. Creo que estamos ayudando en el esfuerzo de guerra.

-¿Aquí? ¿Cómo?

La puerta de la oficina se abrió; la señorita Perth se silueteó en ella, con sus luminosos, espectaculares, horizontalmente inclinados pechos rozando el marco cuando se giró hacia él y dijo:

-Oh, doctor, lamento molestarle, pero el señor Jonas Ackerman ha venido a verle, el sobrino biznieto del señor Virgil viene de los Baños.

-¿Cómo están los Baños, Jonas? -preguntó Eric tendiendo la mano; el sobrino biznieto del propietario de la firma avanzó hacia él y se la estrechó-. ¿Han burbujeado algo especial durante el turno de noche?

-Si lo hicieron -dijo Jonas-, imitaron a un operario que se fue por la puerta delantera. -Se dio cuenta de la presencia de Kathy-. Buenos días, señora Sweetcent. ¿Sabe?, vi esa nueva configuración que adquirió usted para nuestro Wash-35, ese coche con forma de escarabajo. ¿Qué era, un Volkswagen? ¿Es así como los llamaban?

-Un Chrysler aerod -refirió Kathy-. Era un buen coche, pero con problemas de suspensión. Un error de ingeniería que le hizo fracasar en el mercado.

-Dios -dijo Jonas con convicción-. Conocer algo realmente a fondo, tiene que ser extraordinario. Sumergirse en un aspecto determinado del Renacimiento... Yo digo que hay que especializarse en un área determinada hasta... -Se interrumpió al darse cuenta de

que los dos Sweetscent mostraban un aspecto lúgubre y taciturno—. ¿He interrumpido algo?

—Los asuntos de la compañía tienen prioridad sobre las distracciones personales —explicó Eric. Se sentía agradecido de la intervención incluso del miembro más joven de la intrincada jerarquía familiar de la compañía—. Por favor, vete, Kathy —sugirió a su esposa sin molestarse en hacer que su tono sonara jovial—. Hablaremos durante la cena. Tengo demasiado que hacer para perder el tiempo discutiendo acerca de si un robant cobrador de facturas es capaz mecánicamente de decir mentiras o no.

Escoltó a su esposa hasta la puerta de la oficina; ella se dejó llevar pasivamente, sin resistencia.

En voz baja, Eric le dijo:

—Como el resto del mundo, no le importa burlarse de ti, ¿verdad? Todos lo hacen.

Cerró la puerta tras ella.

Cuando ella hubo salido, Jonas Ackerman se encogió de hombros y dijo:

—Bien, eso es el matrimonio en nuestros días. Odio legalizado.

—¿Por qué dice usted eso?

—Oh, capté los matices de esa conversación, podían palpase en el aire como el soplo helado de la muerte. Tendría que haber alguna ley que prohibiera a un hombre trabajar para la misma empresa que su esposa; Cielos, ni siquiera en la misma ciudad. —Sonrió, y su delgado y joven rostro se vio repentinamente libre de seriedad—. Pero es realmente buena, ¿sabe?; Virgil ha ido abandonando gradualmente a todos sus demás proveedores de coleccionables desde que Kathy empezó aquí, pero por supuesto ella ya debe habérselo mencionado.

—Muchas veces.

Casi cada día, reflexionó cáusticamente.

—¿Por qué no se han divorciado ustedes?

Eric se encogió de hombros, un gesto destinado a mostrar una naturaleza profundamente filosófica. Esperó haberlo conseguido.

Evidentemente, el gesto no alcanzó su objetivo, porque Jonas dijo:

—¿Quiere decir que esta situación le gusta?

—Quiero decir —murmuró resignadamente— que estuve casado antes y no fue mejor, y que si me divorcio de Kathy volveré a casarme, porque, como dice mi huracacerebros, no puedo hallar mi identidad fuera del rol de marido y padre y sostenedor de la familia; y con la próxima ocurrirá exactamente lo mismo porque ese es el tipo de mujeres que selecciono. Es algo muy arraigado a mi temperamento. —Alzó la cabeza y miró a Jonas con una expresión de masoquista desafío tan buena como pudo encontrar—. ¿Qué deseaba, Jonas?

—Un viaje —contestó alegremente Jonas Ackerman— a Marte. Para todos nosotros, incluido usted. ¡Una conferencia! Usted y yo podemos ocupar asientos bien lejos del viejo Virgil para no tener que discutir con él de los asuntos de la compañía y del esfuerzo de guerra y de Gino Molinari. Y puesto que tomaremos la nave grande, serán seis horas en cada sentido. Y por el amor de Dios, no quiero quedarme de pie todo el camino hasta Marte y regreso, así que asegurémonos de conseguir asientos.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí?

Francamente, no se sentía entusiasmado con el viaje, iba a separarlo demasiado tiempo de su trabajo.

—Sin duda estaremos de vuelta mañana o pasado mañana. Escuche, eso lo sacará fuera del camino de su esposa: Kathy se queda aquí. Es una ironía, pero he

observado que cuando el viejo va a Wash-35 nunca le gusta tener a sus expertos en antigüedades a su alrededor, sino que le gusta meterse en la, hum, magia del lugar, y cada vez más a medida que se hace viejo. Cuando tenga usted ciento treinta años empezará a comprender, y yo también, supongo. Mientras tanto, tenemos que aceptarlo tal como es. –Sombríamente, añadió–: Es probable que usted ya lo sepa, Eric, puesto que es su médico. Nunca morirá; nunca tomará la decisión dura, como la llaman, no importa lo que falle y tenga que ser reemplazado dentro de él. A veces lo envidio por ser... optimista, por gustarle tanto la vida, por pensar que es tan importante. Nosotros somos unos insignificantes mortales; a nuestra edad... –lanzó una ojeada a Eric–, a unos miserables treinta o treinta y tres...

–Yo me siento lleno de vitalidad –expresó Eric–. Tengo una larga vida por delante. Y no me dejaré ganar por ella. –Extrajo del bolsillo de su chaqueta la factura que el cobrador robant le había presentado–. Ahora que me acuerdo. ¿Vio usted llegar a Wash-35 un paquete de Lucky Strike con el verde, hará unos tres meses? ¿Una contribución de Kathy?

Tras una larga pausa, Jonas Ackerman dijo:

–Pobre decrépito tonto suspicaz. ¿Es en eso en todo lo que puede meditar? Escuche, doctor, si no puede centrar usted su mente en su trabajo, está acabado; hay veinte cirujanos trasplorg en los archivos de personal del viejo que simplemente están aguardando la posibilidad de trabajar para un hombre como Virgil, alguien de su importancia en la economía y el esfuerzo de guerra. Y usted no es tan bueno como eso. –Su expresión era a la vez compasiva y desaprobadora, una extraña mezcla que tuvo el efecto de despertar bruscamente a

Eric Sweetscent—. Personalmente, si me fallara el corazón, lo cual no dudo que ocurrirá cualquiera de estos días, no me sentiría muy inclinado a acudir a usted. Se halla demasiado liado en sus asuntos personales. Vive usted para sí mismo, no para la causa planetaria. Dios mío, ¿no lo recuerda? Estamos luchando en una guerra a vida o muerte. Y estamos perdiendo. ¡Estamos siendo pulverizados cada maldito día que pasa!

Cierto, se dio cuenta Eric. Y tenemos un líder enfermo, hipocondríaco, decaído. Y la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana es una de esas enormes propiedades industriales que sostienen a ese líder enfermo que consigue apenas mantener a la Mole en su cargo. Sin amistades personales calurosas y bien situadas como la de Virgil Ackerman, Gino Molinari estaría fuera de la política o muerto o en algún asilo de ancianos. Yo lo sé. Y sin embargo, la vida individual tiene que seguir adelante. Después de todo, reflexionó, yo no elegí liarme en mi vida doméstica, en mis combates de boxeo con Kathy. Y si tú crees que lo hice o que sigo haciéndolo, eso se debe a que eres mórbidamente joven. No has conseguido pasar de la libertad adolescente al territorio donde yo habito: casado con una mujer que económicamente, intelectualmente, y sí, incluso eso también, eróticamente, es muy superior a ti.

Antes de abandonar el edificio, el doctor Eric Sweetscent se dejó caer por los Baños preguntándose si Bruce Himmel habría aparecido ya por allí. Lo había hecho, allí estaba, al lado del enorme cesto de desechos lleno de Perezosos Perros Pardos defectuosos.

—Vuelva a convertirlos en groonks —sugirió Jonas a Himmel, que sonrió, a su vacía y descoyuntada mane-

ra, cuando el más joven de los Ackerman le arrojó una de las esferas defectuosas que había rodado fuera de la línea de ensamblaje de la CPTT por donde pasaban las aptas para ser cableadas a la estructura de control de guía de las espacionaves interplanetarias-. ¿Sabe? –dijo a Eric-, si toma usted al azar una docena de esos sistemas de control, y no los defectuosos, sino aquellos que irán a parar a las cajas de embalaje para el ejército, descubrirá que, comparados con los de hace un año, o incluso con los de hace seis meses, su tiempo de reacción ha aumentado al menos en varios microsegundos.

–¿Quiere decir con eso –murmuró Eric– que nuestros estándares de calidad han bajado?

Parecía imposible. Los productos de la CPTT eran demasiado vitales. Toda la red de las operaciones militares terrestres dependía de aquellas esferas del tamaño de una cabeza.

–Exactamente. –Aquello no parecía preocupar a Jonas-. Porque estábamos rechazando demasiadas unidades. Nuestros beneficios disminuirían.

–A ve... veces desearía que si... siguiéramos todavía en el negocio del guano de murciélago marciano –tartamudeó Himmel.

Durante un tiempo, la empresa se había dedicado a la recolección de los excrementos del murciélago orejudo marciano, había conseguido con ello sus primeros beneficios, y así se había situado en posición de subrayar los excelentes aspectos económicos de otra criatura no terrestre, la ameba duplicadora marciana. Este augusto organismo unicelular sobrevivía gracias a su habilidad de imitar otras formas de vida –específicamente aquellas de su mismo tamaño–, y aunque su habilidad había divertido a los astronautas terrestres y a los oficiales de las Naciones Unidas, nadie había visto

en ella un uso industrial hasta que Virgil Ackerman, rodeado por su aura de fama, gracias al guano de murciélago, había aparecido en escena. En unas pocas horas había situado la ameba duplicadora frente a una de las caras pieles de su amante de aquellos momentos; la ameba duplicadora la había copiado fielmente, hasta el punto de que, para todas las finalidades prácticas, entre Virgil y la chica existían ahora dos estolas de visión. Sin embargo, la ameba no había tardado en cansarse de ser una piel, y había recuperado su propia forma. Esta conclusión dejaba bastante que desear.

La respuesta, desarrollada a lo largo de un período de varios meses de pruebas, consistió en matar a la ameba durante su intervalo de imitación y luego someter el cadáver a un baño de productos químicos fijadores que tenían la capacidad de retener a la ameba en aquella forma final; la ameba no se descomponía, y en consecuencia no podía ser distinguida, a partir de aquel momento, del original. No pasó mucho tiempo antes de que Virgil Ackerman hubiera instalado una planta distribuidora en Tijuana, México, y empezara a recibir cargamentos de sucedáneos de pieles de todas las variedades procedentes de sus instalaciones industriales en Marte. Y casi inmediatamente hundió el mercado de pieles naturales de la Tierra.

La guerra, sin embargo, había cambiado todo aquello.

Pero ¿había algo que la guerra no hubiera cambiado? ¿Y quién hubiera pensado nunca, cuando fue firmado el Pacto de Paz con el aliado de la Tierra, Lilistar, que las cosas iban a ir tan mal? Porque, según Lilistar y su ministro Freneksy, la suya era la potencia militar dominante de la galaxia; sus enemigos, los reegs, eran inferiores tanto militarmente como en cual-

quier otra forma, y la guerra iba a ser indudablemente corta.

La guerra en sí ya era bastante mala, rumiaba Eric, pero no había nada como perder una guerra para hacerle a uno detenerse y pensar, e intentar, fútilmente, reconsiderar las decisiones pasadas, como el Pacto de Paz, por poner un ejemplo, un ejemplo que normalmente se le ocurriría a un buen número de terrestres si fueran preguntados. Pero por aquellos días sus opiniones no eran solicitadas ni por la Mole ni por el propio gobierno de Liliar. De hecho, era creencia universal –abiertamente proclamada tanto en los bares como en la intimidad de las salas de estar– que ni siquiera había sido solicitada la opinión de la Mole.

Tan pronto como se iniciaron las hostilidades con los reegs, la Compañía de Pieles y Tintes de Tijuana pasó del comercio de lujo de pieles de imitación a la industria de guerra, como por supuesto hicieron todas las demás empresas industriales. Una duplicación sobrenaturalmente exacta de los sistemas de guía de los cohetes, las mónadas de control Perezoso Perro Pardo, resultó un desarrollo fantásticamente natural para el tipo de operaciones que la CPTT representaba; la conversión fue rápida e indolora. Y de este modo, ahora, meditativamente, Eric Sweetscent contemplaba aquel cesto de unidades rechazadas y se preguntaba –como había hecho todo el mundo en la compañía en algún momento– cómo podían ser empleadas aquellas unidades subestándar y sin embargo aún terriblemente complejas de modo que produjeran algún beneficio económico. Tomó una y la hizo girar entre sus manos: en términos de peso, se parecía a una pelota de béisbol; en términos de tamaño, a un pomelo. Evidentemente no podía hacerse nada con aquellos fracasos

que Himmel había rechazado, y se giró para arrojar la esfera a la boca de la tolva que devolvería al plástico su original forma celular.

–Espere –croó Himmel.

Eric y Jonas le miraron.

–No la fundan –dijo Himmel.

Su feo cuerpo se retorció avergonzado; sus brazos se anudaron con los largos y nudosos dedos vibrando. Abrió la boca de una forma idiota mientras murmuraba:

–Yo..., ya no lo hago. De todos modos, en términos de materia prima, esa unidad vale solo un cuarto de centavo. El valor de todo este cesto no llega ni al dólar.

–¿Y bien? –dijo Jonas–. De todos modos, tiene que volver a...

–Yo la compraré –murmuró Himmel.

Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones, se tensó hasta encontrar su cartera; fue una larga y ardua lucha, pero finalmente la extrajo.

–¿Comprarla, para qué? –preguntó Jonas.

–He hecho un trato –explicó Himmel tras una agónica pausa–. Pago medio centavo por cada pieza de Perezoso Perro Pardo rechazada, dos veces su valor, de modo que la compañía saca un beneficio. Así que, ¿por qué debería alguien poner objeciones?

Su voz se elevó hasta un tono muy agudo.

Jonas meditó la palabra y dijo:

–Nadie está poniendo objeciones. Simplemente siento curiosidad hacia lo que hace usted con ellas.

Miró de reojo a Eric como para preguntarle: ¿Qué tiene que decir usted al respecto?

–Hum, las uso –aclaró Himmel. Se giró con gesto hosco y se encaminó hacia una puerta cercana–. Pero todas son mías, porque pago por ellas por adelantado

de mi propio sueldo –dijo por encima del hombro mientras abría la puerta.

Defensivamente, con el rostro sombrío por el resentimiento y con las corrosivas huellas de una profunda ansiedad fóbica, se echó a un lado.

Dentro de la habitación –evidentemente un almacén–, una serie de pequeños carritos iban de un lado para otro sobre ruedas del tamaño de un dólar de plata; veinte o más de ellos, esquivándose astutamente en su celosa actividad.

En cada uno de ellos Eric vio a un Perezoso Perro Pardo, cableado a su lugar correspondiente y controlando los movimientos del carrito.

Jonas se frotó un lado de la nariz, gruñó y dijo:

–¿De dónde sacan la energía?

Se inclinó, consiguió parar uno de los carritos cuando pasó rodando junto a su pie; lo alzó, contemplando cómo sus ruedas seguían girando fútilmente.

–Simplemente una barata pila A de diez años de duración –respondió Himmel–. Cuesta otro medio centavo.

–¿Y *usted* construye esos carritos?

–Sí, señor Ackerman. –Himmel retiró el carrito de sus manos y volvió a depositarlo en el suelo; el carrito se alejó rodando industriosamente–. Estos todavía son demasiado nuevos para soltarlos –explicó–. Primero necesitan practicar.

–Y entonces –dijo Jonas–, les concede usted la libertad.

–Exacto.

Himmel asintió con su cabeza de enorme y casi calvo cráneo, y las gafas de montura de cuerno se deslizaron hacia adelante en un intento de descabalgar de su nariz.

–¿Por qué? –preguntó Eric.

Ya se había alcanzado el meollo del asunto; Himmel se puso rojo, se agitó miserablemente, y sin embargo exhibió un oscuro y defensivo orgullo.

–Porque –aseveró bruscamente– se lo merecen.

–Pero el protoplasma no está vivo –señaló Jonas–; murió cuando fue aplicado el espray fijador químico. Usted lo sabe. Desde entonces, todas estas esferas no son más que un circuito electrónico, algo tan muerto como..., bueno, como un robant.

Himmel respondió con dignidad:

–Pero yo las considero vivas, señor Ackerman. Y solo por el hecho de que sean inferiores e incapaces de guiar un cohete en el espacio profundo, eso no significa que no tengan derecho a vivir sus limitadas vidas. Las suelto, y rodarán por ahí durante, espero, seis años, o posiblemente más, es suficiente. Eso les proporcionará lo que creo que se merecen.

Jonas se giró hacia Eric y dijo:

–Si el viejo supiera esto...

–El señor Virgil Ackerman lo sabe –aclaró inmediatamente Himmel, con orgullo–. Lo aprueba. –Tras una corta pausa, rectificó–: O mejor dicho, me permite hacerlo, sabe que le estoy reembolsando su coste a la compañía. Y construyo los carritos de noche, en mi tiempo libre, tengo una pequeña cadena de montaje, naturalmente muy primitiva, pero efectiva, en mi apartamento, allí donde vivo. –Tras otra corta pausa, añadió–: Cada noche trabajo aproximadamente hasta la una.

–¿Qué hacen cuando son soltados? –preguntó Eric–. ¿Se limitan a vagar por la ciudad?

–Dios sabe –respondió Himmel.

Evidentemente, este aspecto de la cuestión no era

de su incumbencia; él había hecho su trabajo construyendo los carritos y conectando los Perezosos Perros Pardos en posición de funcionamiento. Y quizá tenía razón; no podía acompañar a cada carrito, defenderlo contra los peligros de la ciudad.

—Es usted un artista —señaló Eric, no seguro de si se sentía divertido o asqueado, o qué. No se sentía impresionado, de eso estaba seguro: todo el asunto tenía una cualidad extraña, loca..., era absurdo. Himmel trabajando incesantemente allí y en su apartamento, velando para que lo que la fábrica rechazaba pudiera seguir teniendo su lugar bajo el sol, ¿y a continuación qué? Y esto mientras todos los demás sudaban sobre aquel otro absurdo, mayor y colectivo, de una mala guerra.

Visto en ese contexto, Himmel no parecía tan absurdo. Eran los tiempos. La locura flotaba en la atmósfera, desde la Mole hacia abajo, hasta aquel funcionario de control de calidad, claramente alterado en el más puro sentido clínico, psiquiátrico.

Mientras salía de los Baños junto con Jonas Ackerman, Eric dijo:

—Está barrenado.

Era el término de moda más enérgico para designar la aberración.

—Evidentemente —admitió Jonas, quitando importancia al asunto con un gesto—. Pero esto me da una nueva percepción del viejo Virgil, el hecho de que tolere esto y ciertamente no porque le proporcione un beneficio..., oh, no, no es en absoluto por eso. Francamente, me alegro. Pensé que Virgil era más duro; habría esperado que echara inmediatamente a ese pobre chalado fuera de aquí, que lo enviara a un grupo de trabajos forzados camino de Lilistar. Dios, vaya destino hubiera sido ese. Himmel tiene suerte.

—¿Cómo cree que terminará eso? —preguntó Eric—. ¿Piensa que la Mole firmará un tratado separado con los reegs y nos sacará fuera de esta guerra dejando que los listarianos luchen solos, lo cual es lo único que merecen?

—No puede —respondió llanamente Jonas—. La policía secreta de Freneksy caería inmediatamente sobre la Tierra y le haría picadillo. Lo echaría a patadas de su puesto y lo reemplazaría de la noche a la mañana por alguien más militante. Alguien a quien le *gustara* el oficio de proseguir la guerra.

—Pero no pueden hacer eso —dijo Eric—. Es nuestro líder elegido, no el de ellos. —Sabía, sin embargo, que pese a aquellas consideraciones legales Jonas tenía razón. Jonas estaba simplemente evaluando de forma realista a su aliado, enfrentándose a los hechos.

—Nuestra mejor apuesta —explicó Jonas— sería simplemente perder la guerra. Lentamente, inevitablemente, tal como lo estamos haciendo. —Bajó la voz hasta un jadeante susurro—. Odio hablar de forma derrotista...

—Puede hacerlo libremente.

—Eric —dijo Jonas—, es la única forma de salirnos de esto, aunque tengamos que enfrentarnos a un siglo de ocupación de los reegs como castigo por haber elegido al aliado equivocado en la guerra equivocada y en el momento equivocado. Nuestra virtuosa primera aventura con el militarismo interplanetario, y vea *cómo* la elegimos..., *cómo* la Mole la eligió.

Hizo una mueca.

—Y nosotros elegimos a la Mole —le recordó Eric.

Así que la responsabilidad, en último término, era de ellos.

Allí delante, una figura delgada, tan ligera y seca como una hoja, derivó hacia ellos y les llamó con una voz fina y chillona.

—¡Jonas! Y usted también, Sweetscent, ya es hora de que emprendamos el viaje a Wash-35.

El tono de Virgil Ackerman era débilmente malhumorado, el de una madre pájaro cumpliendo con sus fastidiosas tareas; a su avanzada edad, Virgil se había vuelto casi hermafrodita, una mezcla de hombre y mujer en una entidad asexual, seca y, sin embargo, vital.